

este mismo siglo, y que, en fin, el teólogo tiene necesidad de comprenderlo perfectamente, para poder corresponder bien á su deber y ejercer una influencia legítima. Si se consideran las extraordinarias dificultades que en esta última parte he tenido que superar, para reunir tantos documentos dispersos, semejante tentativa hallará sin duda alguna indulgencia á los ojos de la crítica, que ciertamente me encontrará siempre dispuesto á reconocer y suscribir á toda censura razonada.

La experiencia ha demostrado que nuestros mas grandes teólogos católicos, y recientemente el mismo Mœlher, han visto en el estudio de la historia eclesiástica y en la patología los mas sólidos fundamentos de su instruccion teológica; por esto mi mas ardiente y mas sincero deseo ha sido siempre llegar á ejercer en este punto una influencia no menos feliz y útil sobre los jóvenes teólogos, especialmente en nuestros dias, que pueden llamarse de animada polémica. Nada mas propio para convencer las almas, nada mas propio para dirigir é inspirar las medidas mas convenientes en cada circunstancia determinada, que el conocimiento de los variados fenómenos y de los importantes resultados de las luchas que han señalado en todas épocas los desenvolvimientos y progresos de la Iglesia. ¡Honor, pues, á esta historia! ella es la antorcha de la verdad y la verdadera maestra de la vida. Pero si, á pesar de todo, no encontrase este libro mas que una aprobacion limitada y conforme á su destino real, todavía me esforzaria en perfeccionarlo, con la ayuda de Dios, con tanto mas ardor, cuanto él ha sido quien ha creado el vínculo de intimidad que existe ya entre el autor y los nobles jóvenes que tiene iniciados en los estudios teológicos. Este libro será además, en el porvenir, una garantía de sus esfuerzos para conducirlos felizmente por las vias científicas en que con ellos ha entrado.

---

## INTRODUCCION.

---

### PRINCIPIOS Y GENERALIDADES DE LA CIENCIA.

FUENTES.—*Fleury*, Prefacio de la Historia eclesiástica, § I-XI.—*Royko*, Introduccion á la Historia de la Iglesia, 2.<sup>a</sup> parte, Praga, 1791.—*Katerkamp*, Hist. de la Religion y del establecimiento de la Iglesia universal, Munster, 1819.—*Mähler*, Introduccion á la Hist. de la Iglesia, t. II, p. 261-91.—*Blanc*, Curso de Histor. eclesiást. 1.<sup>a</sup> parte: Introduccion al estudio de la Hist. eclesiást. París, 1841.—*Schleiermacher*, Hist. de la Iglesia cristiana, Berlin, 1840, p. 1-47.—*Jos. Gærres*, Sobre la fundacion, formacion y desarrollo de la Historia universal, Breslau, 1840.—Puede tambien consultarse con fruto el excelente Ensayo de *Hock* sobre el desarrollo de la humanidad. (*Cholorodea*, Cuadro de los tiempos, Viena, 1832, p. 172-209).

Por lo que hace á la literatura eclesiástica véase *Sagittarii* Introductio in Hist. ecclesiast., Jena, 1718, t. I, en 4.<sup>o</sup>—*Walch*, Principios de Historia eclesiást., 3.<sup>a</sup> secc. Giesen, 1793.

---

### § I.

*Religion.—Iglesia.—Iglesia cristiana.*

La Religion es la condicion de la Iglesia; de manera que la idea de la historia de la Iglesia cristiana se desprende de la misma idea de la Religion. La Religion es el conocimiento de un Ser divino á quien el hombre tiende á unirse y asemejarse para encontrar en

esta union y semejanza el reposo y la felicidad <sup>1</sup>. Esta necesidad de conocer y de imitar á Dios, comun á todos los hombres, es á la vez el origen de la necesidad que sienten de reunirse entre sí y vivir en sociedad. Y así como el hombre terrestre no prospera sino por su union con la humanidad entera, tampoco puede el hombre espiritual adelantar un paso, mas que en la sociedad religiosa del género humano. Esta es la razon por que desde un principio se formaron y aparecieron sociedades ó *comunidades religiosas*, instituciones terrestres y divinas á la vez, mundanas y sobrenaturales, y conformes por esto mismo á la naturaleza del hombre, misteriosa síntesis, formada de cuerpo de barro y de espíritu celeste. Vemos sociedades de este género hasta en pueblos que no conservando de la Divinidad, despues de la caída original, más que un conocimiento pálido y fugitivo, se forjaron dioses múltiples en lugar del Dios *uno*, y llegaron á identificar al Criador del universo con las mismas cosas criadas (*Politeísmo y Panteísmo*) <sup>2</sup>. Pero estas sociedades no eran mas que vanos simulacros de la verdadera Iglesia; ni siquiera tenían nombre especial, confundidas, como se hallaban, por la mezcla de las relaciones religiosas y civiles con el Estado, que absorbía completamente á la Iglesia. Mas positiva y mas completa, aunque todavía particular en el Moisés, la Iglesia es llamada en él con una expresion <sup>3</sup>, que designa al pueblo israelita como una sociedad separada, elegida, consagrada á Jehová, y en la cual deben ser admitidos algun dia todos los pueblos <sup>4</sup>. Los Setenta tradujeron las palabras del

<sup>1</sup> Ya en su Timeo habla Platon de *transformacion de Dios segun poder*. «Religio à religando,» dice Lactancio. Ciceron hace derivar esta palabra de *relegendo*. De *Natur. deor.* II, 28; De *Invent.* II, 53. Pero es imposible conciliar mejor estas dos etimologías que lo hicieron san Agustín, santo Tomás y Ficino en sus Comentarios sobre el Eutiphron de Platon: «Nos ipsos relegendo religantes Deo religiosi sumus.» Véase también Nitzsch, Idea que de la religion tenían los antiguos, en la Revista crítica de ciencias teológicas, publicada por Ullmann, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> entregas, 1828. — Apologet. de Drey. Maguncia, 1837, t. I, p. 79-119. — Staudenmaier, Enciclopedia de la ciencia teológica, Maguncia, 1840, 2.<sup>a</sup> parte, p. 189-195.

<sup>2</sup> Rom. I, 23.

<sup>3</sup> Núm. XX, 4; Deuter. XXIII, 1.

<sup>4</sup> Génes. XXII, 18.

primer texto por *Sinagoga del Señor* y las del segundo por *Iglesia del Señor*. Solo el Cristianismo determinó y realizó perfectamente la idea de la Iglesia. Jesucristo reanimó en la humanidad la conciencia primitiva que habia tenido de Dios; y la Religion que anunció, toda penetrada del espíritu del amor (*religio per eminentiam*), debió necesariamente unir los corazones y formar así una sociedad viviente.

Los que se adhirieron á la Religion de Jesucristo debieron formar no solamente una sociedad *interior*, sino también, segun su expresa voluntad, una sociedad *exterior* <sup>1</sup>, que, siguiendo los precedentes del Antiguo Testamento, llamó *Iglesia* <sup>2</sup>, es decir, sociedad de todos los elegidos (\*), segregados de un mundo pecador, y llamados á entrar, por la union con Dios, en el reino de la eterna felicidad. Considerada mas positivamente todavía bajo el punto de vista histórico, la *Iglesia cristiana* <sup>3</sup> es la sociedad visible de los adoradores de Jesucristo, asistida por el Espíritu Santo, y que, conservando los medios de salvacion establecidos por su Jefe, propaga y corona la obra fundada por Jesucristo para librar y santificar al hombre, unirlo con el Padre (*ut sint unum*), y realizar de esta manera el reinado de Dios sobre la tierra.

<sup>1</sup> Schlosser, Observaciones sobre la constitucion y el poder del Estado, por Fiévée, p. 185 y sig. Francfort, 1816. — Rothe, Principios de la Iglesia cristiana, t. I, p. 2-5.

<sup>2</sup> Mat. XVI, 18; XVIII, 17.

(\*) Por el contexto del autor se ve que la palabra *elegidos* no significa precisamente los predestinados á la vida eterna; sino los llamados á ser miembros actuales del cuerpo místico de Jesucristo. (Nota de los Editores).

<sup>3</sup> La etimología de la palabra *iglesia* se encuentra en el griego *ecclesia*. La palabra alemana *kirche* deriva de la misma lengua. Los griegos transmitieron á los godos, con el conocimiento del Cristianismo, la palabra *kirch*, que al principio indicaba á la vez la sociedad cristiana y el edificio sagrado. Gieseler hace notar que esta palabra se encuentra no solo en los idiomas germanos, en sueco *kyrka*, en dinamarqués *kyrku*, sino entre los slavos convertidos por los griegos. En polaco hay la palabra *cerkiew* y *kosciol*, esta última empleada casi siempre por los unidos á la Iglesia romana, aunque no siempre sucede así, y se hallan usados como sinónimos. En ruso *zerkow*, en bohemio *zirkew*.

§ II.

*Verdadera Iglesia cristiana. — Sectas particulares del Cristianismo.*

El objeto de la Iglesia era no solamente conservar puros é intactos los medios de salvacion que se le habian confiado, sino hacerlos penetrar hasta las profundidades de la vida intelectual y moral de la humanidad, para vivificar al hombre todo entero y animarlo en sus relaciones, en sus actos y en todas sus obras. Sin embargo, estos divinos medios fueron muchas veces comprendidos de una manera parcial y particular, y fue pervertido su carácter celestial é invariable. Y no podia ser de otro modo, porque muchos de los que abrazaban el Cristianismo carecian del desarrollo espiritual suficiente para comprenderlos, y del respeto á las cosas divinas necesario para realizarlas. Dejando entonces libre el curso de las cosas, habria podido surgir, con el tiempo y en medio de pueblos distintos, tan grande diversidad en la manera de comprender y de representar estos medios de salvacion necesariamente *unos* como Dios y la humanidad, su objeto (*unus Dominus, una fides, unum baptisma*<sup>1</sup>), que hubiera sido imposible reconocer su origen y su sentido primitivo.

Era, pues, preciso que la Iglesia, y parece ser este un complemento necesario de su divina institucion<sup>2</sup>, fuese al mismo tiempo para los hombres el criterio general y necesario de lo que es originariamente verdadero y divino. Tal fue la mision del sacerdocio cristiano, de la *autoridad doctrinal infalible*, divinamente instituida é inspirada para elevarse en sus decisiones sobre el mezquino é imperfecto círculo de las opiniones humanas, y encaminarlas incesantemente hácia su principio divino<sup>3</sup>. Por este solo medio pudo la Iglesia, teniendo una regla *infalible* para discernir y juzgar las herejias,

<sup>1</sup> Efes. iv, 5 y sig.

<sup>2</sup> Luc. xiv, 28 y sig.

<sup>3</sup> Cf. *Hilar.* de Trinit. xi, 1. Lo que dice se enlaza con los pasajes siguientes, Eph. iv, 5: «Unus Dominus, una fides, unum baptisma, etc.»

«Non enim ambiguis nos et erraticis indefinitae doctrinae studiis dereliquit, vel incertis opinionibus ingenia humana permisit, statutis per se et oppositis obicibus libertatem intelligentiae voluntatisque concludens: ut sapere nos, nisi ad id tantum quod praedicatum à se fuerat, non sineret, cum per defini-

conocer con seguridad cuáles eran los que no le pertenecian. Desde el momento en que se alteraba el orden establecido por Jesucristo en lo relativo á la unidad de la doctrina, habia separacion, *herejia*. La Iglesia lanzaba de su seno á los autores de la herejía y á sus partidarios, para que no infestasen á toda la sociedad; así como se cortan del cuerpo los miembros gangrenados é incurables para evitar una corrupcion general. Si se desconocia el orden divino solamente en la forma y disciplina de la Iglesia, de ordinario los autores y los adictos al error se separaban ellos mismos de la unidad de caridad, y habia escision, *cisma*<sup>1</sup>.

Es preciso no confundir con el cisma y la herejía las disidencias teológicas (*dissidia theol.*), las cuales solo versan sobre la forma de la ciencia teológica, sin alterar necesariamente su contenido, ó sobre opiniones probables ó controvertibles (*theologomena*), que no hayan sido expresa y doctrinalmente resueltas por la Iglesia, y que no se oponen al conjunto de la doctrina cristiana<sup>2</sup>.

Bajo el punto de vista político, una sociedad religiosa no recibe el nombre de *Iglesia* hasta que se halla reconocida por un Estado, dándosele hasta entonces el nombre de *secta*.

§ III.

*Historia. — Historia eclesiástica cristiana.*

En un sentido mas lato, la *historia* se compone de lo acontecido en la esfera de las cosas temporales. Sin embargo, no todo lo que tiene lugar en dicha esfera le pertenece: solo son de su resorte los sucesos importantes que excitan ó prometen un interés moral; de modo que por esto su principal objeto es el hombre considerado en sí mismo, en sus relaciones necesarias con el Estado y la Iglesia, y principalmente en su direccion moral y espiritual. Por esto la historia, como hecho, es el desarrollo del espíritu humano, «tam fidei indemutabilis constitutionem credi aliter atque aliter non liceret.» Ya el pagano *Séneca* habia dicho, Ep. 102: «Veritatis una vis, una facies est; — numquam falsis constantia.» (Opp. ed. Bipont. vol. IV, p. 30).

<sup>1</sup> Sobre la diferencia entre la herejía y el cisma, puede verse á *san Agustín*, advers. Crescon. grammatic. Donatist. lib. II, cap. 3, sq.

<sup>2</sup> *San Agustín* habla perfectamente en el sentido de la Iglesia cuando dice: «In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas.»

tal como se manifiesta en sus relaciones sociales y públicas con el Estado: como ciencia, es el conocimiento de este desarrollo; y como arte, es su reproducción ó su representación ideal (*historia propiamente dicha*). En los tiempos anteriores al Cristianismo, la historia se hallaba circunscrita en estos límites, supuesto que no consideraba más que al hombre terrestre; razón porque no podía haber historia eclesiástica, hallándose aun confundidas las cosas espirituales y las materiales, las religiosas y las nacionales, la Iglesia y el Estado. Por otra parte, los sucesos del dominio religioso son mucho menos interesantes en los tiempos anteriores al Cristianismo, que después de esta época. Todo, entre los pueblos antiguos, en sus luchas, sus tendencias y sus esfuerzos, converge hacia el Estado, no siendo nunca la Religión el principio viviente de la actividad social.

Aun en nuestros días, con frecuencia la historia se queda limitada á la esfera del hombre, que se convierte en centro de todo, y al cual se quiere referir todo el honor y toda la gloria. Mehlher cree que, partiendo del principio fundamental del Cristianismo, la historia debe definirse: «La realización en el tiempo del plan eterno de Dios, disponiendo al hombre, por Jesucristo, al culto y á la adoración que son dignos de la majestad del Criador y de la libertad de la criatura inteligente. Mostrar, añade, como el espíritu de Jesucristo se ha introducido en la vida común de la humanidad y se desenvuelve en la familia, en los pueblos y los Estados, en el arte y en la ciencia, para formar de todas estas cosas instrumentos de la gloria de Dios; hé aquí el objeto de la historia cristiana <sup>1</sup>.»

Convendremos más y más en esta manera de concebir la historia, á medida que nos vayamos convenciendo de que solo el espíritu cristiano, el espíritu ilustrado, transfigurado por la luz de la revelación divina, puede reconocer y seguir la conducta de la Providencia en la historia del mundo, antes y después de la venida de Jesucristo. Porque nadie, ni en el cielo, ni sobre la tierra, ni debajo de la tierra, puede abrir el Libro, ni siquiera mirarlo, más que el León de la tribu de Judá, el Vástago de David, el Cordero que ha sido inmolado <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Ad loc. cit. p. 263-274. — <sup>2</sup> Apocalip. v, 4, 5.

De aquí se sigue: 1.º que si, según la definición que hemos dado más arriba, la historia es la relación de las cosas temporales, la Iglesia cristiana no puede, en este sentido, entrar en el dominio de la historia, porque es una institución divina, absoluta é inmutable como Dios mismo; pero, según su destino y su objeto, que es ponerse en contacto con el hombre, ser esencialmente histórico, sometido al tiempo y al espacio, se hace necesariamente histórica, temporal y variable; 2.º que la vida providencial de la humanidad en el tiempo, antes y después de Jesucristo, ó la historia del mundo y la historia del Cristianismo, están en una relación íntima, análoga á la de la preparación y á la de la consumación (principios, *elementa mundi* <sup>1</sup>, en oposición á la consumación, *plenitudo* <sup>2</sup>), de modo que al hacer la historia de la Iglesia cristiana no se puede pasar enteramente en silencio el período de preparación. Según esto, la historia eclesiástica, considerada objetivamente, es el desarrollo, en el tiempo, del reino de Dios, y el progreso continuo, en los caminos de la ciencia y de la vida, de la humanidad regenerada, y uniéndose á Dios por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. En el sentido técnico la historia eclesiástica es la reproducción ideal ó la exposición por el discurso de este desarrollo vivo y real.

La historia corresponde tanto mejor á su misión, cuanto más clara y convincentemente nos muestra á la humanidad, en su conjunto, creciendo y fortificándose al través de los siglos, bajo las mismas condiciones que el hombre individual al través de los años, en gracia, en sabiduría y en virtud.

#### § IV.

##### *Objeto de la historia eclesiástica.*

Teniendo por objeto la historia de la Iglesia el producir y exponer, por medio de la palabra, la marcha temporal y los progresos del reino de Dios entre los hombres, debe mostrar:

1.º Cómo y en qué circunstancias, prósperas ó desfavorables, se ha manifestado en el exterior, se ha realizado ó sensibilizado con he-

<sup>1</sup> Gál. iv, 8, 9; II Cor. viii, 20.

<sup>2</sup> Gál. iv, 4; Efes. i, 10.

chos, y se ha ido estableciendo en el mundo visible en medio de los Estados <sup>1</sup>, despues de haber sido anunciado á todos los pueblos de la tierra, segun la palabra de Jesucristo <sup>2</sup>, el plan universal é interior del reino de Dios. Tal es el objeto que debe tenerse al referir los sucesos favorables ó adversos, los combates y las victorias de la *propagacion del Cristianismo* <sup>3</sup>.

2.º Cómo la verdad, que libra y santifica al hombre, se fué formulando á medida que iban apareciendo las herejías, y segun las necesidades de los tiempos, en la *ciencia* y la *doctrina eclesiásticas* <sup>4</sup>.

3.º Cómo la relacion interior del hombre con Dios, es decir, la piedad del corazon, se ha manifestado y convertido en un hecho vi-  
viente público y general, en el *culto* <sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Cf. Ensayo titulado: La Conciencia cristiana considerada como la luz que nos hace comprender el Paganismo. Revista teológ. de Friburgo, tom. VIII, p. 49-87.

<sup>2</sup> Mat. xxviii, 19, 20.

<sup>3</sup> En este sentido dice san Agustin, De Civ. Dei, lib. XVIII, c. 31, sub finem: «Sic in hoc saeculo, in his diebus malis, non solum à tempore corporalis praesentiae Christi et Apostolorum ejus, sed ab ipso Abel, quem primum justum impius frater occidit, et deinceps usque in hujus saeculi finem inter persecuciones mundi et consolationes Dei peregrinando procurrit Ecclesia.» Y añade (Retractat. lib. I, c. 13): «Res ipsa, quae nunc christiana religio nuncupatur, erat et apud antiquos, nec defuit ab initio generis humani, quousque ipse Christus veniret in carne; unde vere religio, quae jam erat, coepit appellari christiana.» El presbítero Rohrbacher, apoyado en esta verdad, y siguiendo las huellas de los antiguos historiadores eclesiásticos, ha arrojado mucha luz sobre los tiempos anteriores á Jesucristo.

<sup>4</sup> Petr. de Marca, Diss. de concordia sacerdotii et imperii, S. de libertatib. Eccles. gallic. lib. VIII, ed. St. Baluz, París, 1663, en f. ed. J.-F. Boehmer. Leip. 1708, en f. Riffel, Tabla histórica de las relaciones de la Iglesia y el Estado, desde los primeros siglos hasta nuestros dias, 1.ª parte. Maguncia, 1836.

<sup>5</sup> J.-A. Fabricii Salutaris lux Evangelii toti orbi exoriens, S. notitia propagatorum christ. sacror. Hamb. 1731, en 4.º, P.-C. Gratien, Origen y desarrollo del Cristianismo en Europa. París, 1766-73, 2.ª parte. F.-G. Blumhardt, Ensayo de una historia de las misiones. Basilea, 1828, 3.ª parte, no acabada. Hæninghaus, Situacion de la Iglesia católica en toda la superficie del globo. Aschaffene, 1837. — Cartas edificantes y curiosas de las misiones extranjeras. París, 1717-27. — Cartas edificantes escogidas, etc., precedidas de mapas geográficos, etc., 3.ª ed. París, 8 tom. hasta el año 1808. — Nuevas cartas edificantes, 1820. — Anales de la Propagacion de la Fe.

4.º Cómo con los elementos esenciales é inmutables de la *jerarquía* (primacia, episcopado, sacerdocio, diaconado), se fundó la constitucion orgánica de la Iglesia, abrazando todos sus miembros en su seno, determinando las funciones de cada uno <sup>1</sup>, marcando su accion y su influencia reciproca, y correspondiendo siempre á las necesidades de todos los tiempos y lugares <sup>2</sup>.

5.º Cómo, en fin, los miembros de esta Iglesia, enemiga natural del pecado, viven una vida verdaderamente religiosa y moral <sup>3</sup>, que se conserva y renueva por medio de la *disciplina eclesiástica*, la única pedagogia verdadera de la humanidad.

*Observacion.* — El católico, para quien la Iglesia es una institucion absolutamente divina, se diferencia absolutamente del protestante en la manera de estudiar la marcha, los progresos y el desenvolvimiento de la historia. Desde el punto de vista católico, el objeto de la Iglesia, desarrollándose en la historia, es el poner la verdad, por otra parte siempre presente y conocida en la *sociedad visible* de los fieles, cada vez mas en evidencia, imprimirla siempre mas profundamente en la conciencia de los hombres, y establecer cada vez mejor su imperio y autoridad en las costumbres públicas y privadas, en la familia y en el Estado, en la ciencia y en el arte. Bajo el punto de vista protestante, no hallándose la verdad objetiva mas que en la *Iglesia invisible*, jamás puede realizarse completamente en la Iglesia visible, y por consiguiente no se puede sino entreverla mas ó menos en el desarrollo de la historia. ¡Cuánta influencia no ha ejercido y ejerce aun el Protestantismo sobre la manera de juzgar al estado eclesiástico, instituido por el mismo Jesucristo, su jerarquía, el celibato y los privilegios de la virginidad! Schleiermacher ha dicho con razon: Segun los princi-

<sup>1</sup> Walch, Bibl. symbolica vetus ex monumentis V prior. saeculorum maxime collecta et observationibus hist. ac critic. illustrata. Lemg. 1770. Mähler, Patrología, publicada por Reithmayer, 1840. — Efes. iv, 11.

<sup>2</sup> Edmundo Martene, De antiquis Ecclesiae ritibus. 3.ª edic. auct. Antw. 1736, in 4.º, t. IV.

<sup>3</sup> Petavius, de Hierarquía eclesiastica (Dogmata theol. t. VI, § 9, n. 2). Richerii, Hist. Concil. general. Colon. 1680, 3 t. in 4.º, in IV lib. distributa. Thomasini, Vetus et Nova Ecclesiae disciplina circa beneficia et beneficiarios, Lucc. 1728. Staudenmaier, Hist. de las elecciones episcopales, Tubing. 1830.

pios y las convicciones, así es la historia, y sobre todo la historia de la Iglesia: se diferencia con los partidos, las sectas y las escuelas filosóficas: cada uno ve según sus preocupaciones, y escribe la historia, no según como ella es, sino según su modo de ver las cosas.

§ V.

*Historia eclesiástica universal y particular.*

En la antigüedad anterior al Cristianismo no podía concebirse completamente, ni mucho menos realizarse, la idea de una historia universal. Es verdad que Polibio tenía de ella un presentimiento al decir que: La *historia especial* está como aislada, sin enlace, sin objeto común con el todo; la *historia universal*, al contrario, forma un todo orgánico, vivificado por una unidad interior. Aun cuando conociéramos igualmente todos los Estados y todos los pueblos de la tierra, no sería bastante este conocimiento para conocer la organización y la marcha del mundo, así como la observación de los miembros aislados del cuerpo humano no nos puede hacer conocer la fuerza y la belleza del conjunto<sup>1</sup>. Para llegar á tener una idea clara y cabal del conjunto, es preciso abarcar las íntimas relaciones que unen á todos los pueblos en un fin común. En vano buscaríamos en Polibio la realización de esta idea: no se encuentra en él, lo mismo que la de aquella promesa de Diodoro de Sicilia, que se había obligado á reunir tan completamente como le fuese posible los sucesos de los tiempos antiguos y modernos, y hacer de ellos como la *historia de un solo Estado*; promesa que

<sup>1</sup> Acta Sanctorum, quotquot toto orbe coluntur, edd. Bollandus alii que (Soc. Je.) Antw. 1643-94, 33 t. in f. Para su continuación véase De prosecutione operis Bollandiani; quod Acta Sanctor. inscribuntur. Namur, 1838. Sobre los Bollandistas, véase la Revista de filosofía y de teología catól. publicada en Bonn, entregas 17 y 20. Algunas partes llamaron especialmente la atención, como: Praefationes, tractatus, diatribae et exegeses praeliminares atque nonnulla venerandae antiquitatis tum sacrae tum profanae monumenta à J. Bollandus, etc. Nunc primum conjunctum edita et in tres tomos distributa. Ven. 1749-51, 3 t. in fol. — Neander, Memoria para servir á la Hist. del Cristianismo, Berlin, 2.<sup>a</sup> parte, tom. III.

no pudo cumplir, á pesar de los copiosos materiales reunidos en las bibliotecas de Alejandría y de Roma. Y no está la causa de esto en la notable y general medianía de los conocimientos históricos entre los antiguos, sino en la tendencia de los griegos y romanos á no fijarse más que en hechos particulares y materiales, y sobre todo en su idolatría, causa del aislamiento de los pueblos y del poco interés que se tomaban por la historia de los que llamaban *Bárbaros*.

El Cristianismo fue el primero que dió la idea fundamental de la historia universal, al promulgar su doctrina de un Dios, Padre de los hombres, unidos todos esencialmente por la redención á Jesucristo, y todos llamados á la santificación y á la unión con Dios en su reino celestial.

Al mismo tiempo estas ideas fundamentales fueron como incorporadas y visiblemente realizadas en el establecimiento y propagación de una Iglesia católica, y expuestas con maravillosa claridad por el obispo de Hipona, san Agustín, en su magnífica obra: *De la ciudad de Dios*, dividida en XXII libros.

La *historia universal de la Iglesia* tiene, pues, por objeto el exponer la acción y la influencia de la Iglesia en todos los tiempos y países, bajo todas sus formas, y demostrar que todo está enlazado y tiende á un mismo fin: Dios y su gloria (*synteleia tôn holôn*). Escoge con especialidad los sucesos que, por sus causas y efectos, han influido más generalmente sobre el todo; siendo así que la historia particular de la Iglesia tiene por objeto una rama particular del Cristianismo, su propagación, la constitución de la Iglesia, el culto y la disciplina, ó una época determinada, una nación cristiana, etc. Así tenemos la historia eclesiástica particular de los tres primeros siglos, la de la edad media, la de Francia, de Polonia y otras.